cion, el agradecimiento que os debe un desdichado caído en el oprobio de la miseria? De ésta se dignó sacarlo sin conocerlo vuestra adorable beneficencia. Una gran demostracion de liberalidad puede obtener expresiones grandes del mas vivo reconocimiento: mas la vuestra, Sir Eusebio, excediendo los términos de la humana bondad y misericordia, agota todas las expresiones de la humana gratitud, y hacese acreedora á las demostraciones debidas á la suprema beneficencia. Recibidlas (prosigue á decir Towsend con las lágrimas en los ojos, y arrodillandose delante de Eusebio) recibidlas de este miserable padre, que habiendo comenzado á sentir las angustias de la pobreza, está bien ageno de unir á esta prueba de su gratitud eterna la indigna adulacion que este mi llanto desmiente.

Eusebio, enternecido y confuso de la postura y llanto de aquel respetable anciano, queria evitar sus demostraciones, haciendole vivas instancias para que se levantase del suelo. Pero Towsend, llevado del ardor de su gratitud, caminaba de rodillas, buscando y pidiendo la mano que Eusebio rehusaba darle para besarsela, diciendo, que de allí no se levantaria, hasta tanto que no le concedie-

se desahogar en ella su eterno reconocimiento. Hardyl interesado en las instancias de Towsend, dixo á Eusebio que le diese la mano que le pedia. Eusebio condesciende, le alarga la mano; y tomandola Towsend, la apretaba en las suyas, besandola dos y tres veces, y sin soltarla, se vuelve á sus hijas, diciendoles: esta es, hijas mias, la mano adorable que nos sacó de los horrores de la necesidad y del oprobio, y que desarmó el rencor de nuestra cruel suerte, digna por esto de vuestra adoracion y mia.

Las hijas, oyendo esto, postranse á los pies de Eusebio, alargando sus manos para esperar que Eusebio les ofreciese la suya: mas Eusebio, oprimido de la confusion y del enternecimiento al ver las doncellas arrodilladas á sus pies, y al padre que no queria soltarle la mano, déxase caer tambien de rodillas, y echando sus brazos al cuello del arrodillado Sir Towsend, aplicóle su rostro sobre el hombro, en que resonaban confundidos los ardientes besos del viejo venerable con los sollozos de Eusebio. ¡O que sollozos! ¿Quién esplicará la inundacion de la celestial dulzura de donde nacen? ¡O virtud adorable! Tú, que recoges con tu divino velo ese precioso llanto de Eusebio, muestraselo á los

hombres, y exîge de sus ojos respetuosos el tributo del dulce enternecimiento que arrancas de estos mios.

El Duque de D. . . y Hardyl presentes á aquel tiernisimo espectáculo, y conmovidos de su vista, se empeñan en hacerlos levantar, y lo consiguen á fuerza de instancias, despues que hicieron reponer en pie las doncellas, á quienes hizo asentar Hardyl, y luego á Sir Towsend que no acababa de desahogar los vivos sentimientos de su gratitud. El Duque, para distraerlo, preguntóle el motivo de su desgracia. Towsend, despues de haberse enxugado el llanto, le dixo: No sé, Milord, si sabeis que serví quarenta y dos años en la marina del Rey. = No lo ignoro, Sir Towsend, como tampoco el valor y desempeño con que lo habeis servido. = Oid, pues, el origen de mi desgracia, despues que el Rey se dignó darme el gobierno del puerto de Plimouth.

Habia casi un año que disfrutaba del premio de tantos años de fatigas y desvelos en el descanso de mi gobierno, quando me llegó la noticia infausta de la muerte del Lord M. . . á cuyas solicitaciones y proteccion debia yo la gracia, que finalmente alcancé; pues sin el favor del Lord, no creo que me

hubieran servido de mérito mis honrados sudores y servicios. ¡ Ah, quien sabe, que no me hubiese sido mejor morir entre el número de los desatendidos! No, Milord, el hombre no sabe lo que se desea, ni conoce que tal vez es un bien la contrariedad de su suerte de que se queja. Si yo hubiese continuado á experimentar la adversa, tal vez no hubiera dado motivo al Lord W. . .para que se acordase de un castigo que le dí sirviendo él años atrás de Alferez en mi navio; pues aunque el dicho castigo fue leve, y muy inferior á su desobediencia, bastó con todo para que él conservase su resentimiento, y se vengase luego que se vió levantado al Ministerio.

Apenas me quedaba memoria del caso; pero el ensalzamiento del mimo Lord W. . . despues de la muerte del Lord M. . . me lo acordó, con la ocasion de hablar, como acontece, de la persona que vemos levantada. Esto no impidió, que animado yo de las lisonjas y esperanzas que formamos de los poderosos que conocimos, no le escribiese una carta de parabienes por el empleo que el Rey le acababa de confiar: mas no teniendo yo respuesta á una carta tan atenta, reputé su silencio efecto de la vana altaneria del Lord

en su nuevo empleo, sin recatarme de dar quejas contra él en presencia de quien quiso tal vez hacerse mérito de comunicarlas al mismo; pues uno de los capítulos de la acusacion que hizo contra mí á los Comunes, era, que hablaba mal de los Ministros de su Magestad: aunque no sé decidir, si era esta tambien calumnia semejante á las demas, entre las quales era la principal y la mas atroz la de alta traicion de que me acusaba, por la secreta correspondencia, que dixo, mantenia con los enemigos de la Inglaterra para favorecer la entrada en el reyno al pretendiente Stuart, protegido de Luis XIV.

Bien vá todo eso; ¿pero y las pruebas de esa acusacion? preguntó el Duque de D... ¡O Milord! dixo Towsend, ¿faltan jamás pruebas las mas evidentes á la venganza armada del poder contra la inocencia? Oid, y pasmaos de lo que sabe y puede maquinar un poderoso rencor.

Antes que saliese la armada que equipaba Luis XIV para introducir en Inglaterra al pretendiente, quedó apresado de una fragata del Rey un armador de Brest. Este fue conducido solemnemente, para dar mayor color al iniquo artificio, por el Tamesis, hasta la escalera del Temple. Entre las supuestas cartas encontradas al armador, y que decia no habia tenido tiempo de echar al mar, habia una del Ministro Colbert, con el sobrescrito para mí, en la qual me participaba el desembarco, y el modo con que lo habia de hacer la armada francesa; añadiendo en ella, que en caso que aquel desembarco se malograse, serviria de llamada, para que con mayor seguridad de los franceses pudiesen estos apoderarse del puerto de Plymouth, con otra armada que saldria al mismo tiempo á este fin; pues aunque pequeña, lo conseguiria, supuesta la traicion del Gobernador de aquella plaza, entendiendolo de mí.

A una tan evidente apariencia de verdad, nacida de tan refinado artificio, exîstiendo la carta con la firma del mismo Colbert, y encontrada á un armador velero, á quien se le dió caza por largo tiempo, y á la confesion del mismo Capitan del armador, á quien apremiaron con promesas para que dixese el lugar de la playa en que habia de dexar la carta, y el nombre del marinero que la habia de recibir; y finalmente, á la delacion del mismo Lord W... sostenida de la eloqüencia de los oradores, ¿cómo queréis que no se dexasen deslumbrar los Comunes?

Como quiera, yo fui declarado traidor; y antes que me viniese el orden para que me presentase, tuve secreto y diligente aviso de un íntimo amigo mio de lo que se intentaba contra mí, aconsejandome que saliese sobre la marcha de Inglaterra aunque fuese en camisa. Hallabame yo muy ageno de tan improvisa desgracia á la cabecera de la cama de mi muger moribunda quando me llegó este funesto aviso. El profundo dolor que me tenia postrado por la pérdida inevitable de mi muger, á quien amaba tiernamente, se convirtió en estúpido terror, sin saber alzar los ojos del suelo, donde los clavé, despues de haberlos apartado de aquella fatal carta.

Todas las terribles conseqüencias de tan fiero golpe se presentaron de tropel á mi angustiada mente, y la acometen con tanta fuerza, que prorumpo en amargos sollozos, no sabiendo encontrar remedio ni reparo á mi inminente ruina y desventura, si no la evitaba con la fuga, como mi amigo me aconsejaba. ¿Pero como dexar, desamparada á mi querida muger en tal estado? á quién encomendar mis dulces hijas, solo consuelo de mi avanzada edad? á donde huir? como encontrar medios para executarlo sin nota de mis perseguidores? A estas ocurrencias no resis-

te mi angustiado corazon, y quedo sin sentidos en la silla en que acababa de leer la carta.

Los criados, mis infelices hijas acuden á socorrerme, y lo consiguen: yo vuelvo en mí, pero para verme hecho juguete de mayor dolor, reconociendo á mis dolientes hijas que me preguntaban la causa de aquel accidente. Por respuesta las arrimo á mi seno, bañandolas con mis lágrimas, y desahogando con ellas los sentimientos de mi dolor, de mi cariño, de la rabia y desesperacion, que succesivamente exâsperaban mi pecho. Hiriendo al mismo tiempo á mi alterada fantasia la memoria de mi muger moribunda, me obliga á desprenderme de ellas con ímpetu violento, y á precipitarme con los brazos tendidos, hechos mis ojos fuentes de lágrimas sobre la cama, y sobre la mano de mi muger para besarsela, lamentandome de mi cruel suerte.

¡Mas ay, Milord! la yerta frialdad de aquella mano hiela el furor de mis transportes, llamando mi asustada sorpresa para enterarme si estaba muerta. Lo estaba ya; ¡triste de mí! su muerte fue semejante á un tranquilo sueño, envidiable á su desventurado y viudo marido. ¡No sé como resistí

entonces al fiero acometimiento de la desesperacion que se apoderó de mi pecho, obligandome á romper mis vestidos, á mesarme los cabellos entre el llanto y lamentos de mis hijas y criados!

En estos excesos de mi rabioso furor, se presentan á mi agitada imaginacion los ministros de la justicia, como si viniesen á prenderme. Huyamos, hijas mias, exclamo entonces fuera de mí: huyamos, si no quereis ver á vuestro miserable padre victima de la mas negra y detestable venganza. ¿Mas á dónde, padre mio, me dice Nely llorando, y asustada, á dónde quereis que huyamos? =No lo sé, hija mia, huyamos, y asiendola del brazo me encaminaba ya todo turbado, quando se me presenta Tautel, un moro que compré niño en la Jamaica, y que me sirve desde entonces, aun despues de haberle yo dado la libertad que se habia merecido por su fiel amor y servicios.

A este resuelvo comunicar mi desventura, y á ese debo mi desdichada salvacion. Tautel, oida mi relacion, me ruega con lágrimas que me sosiegue, que me fie de su cariño; y que mientras él volvia, recogiese todo el dinero y lo mas precioso de mis haberes. Hicimoslo así mis hijas y yo, á pesar de nuestra suma afliccion, y de las lágrimas con que regabamos lo que nos venia á las manos para empaquetarlo.

Era ya tarde quando volvió Tautel, pidiendome que firmase un orden para la guarda del puerto, á fin de que dexasen salir sin registro aquella noche un esquife con quatro personas. Hicelo yo sin saber lo que me hacia, enagenado del dolor, y rendido y sumiso como un muchacho á los consejos de Tautel. Este se vá con el orden firmado, y vuelve dandonos priesa para partir. Dos solos fardillos era nuestro matalotage; y entre la poca lenceria iban envueltas algunas joyas, y mil libras esterlinas con que me hallaba.

O Tautel, le digo, al verlo cargar con los dos fardos, ¿partir sin dar antes sepultura á mi muger? no me lo sufre el corazon: no es posible: morir quiero antes de qualquier modo: muramos, hijas mias, antes que desamparar á vuestra respetable madre. Los nuevos sollozos y lamentos de mis hijas y mios, detienen nuestra resolucion; pero Tautel la combate diciendome: ¿pues qué, vos, señor mio, la quereis enterrar con vuestras manos? La vida, la salvacion de vuestras hijas y la vuestra, ¿no os impelen á la huida sin que deba resentirse por ello vues-

tra piedad, dexando de asistir al entierro, al qual de qualquier modo no debierais asistir? no lo pueden executar los criados que aqui quedan? Voy á decirles que la afliccion os obliga á ausentaros por dos dias de la casa llena de tristes memorias de vuestra muger difunta.

Dicho esto, se sale; y dexando encargado á los criados el funeral, vuelve para ayudarme á mudar de vestido: y así mal arropado, y como impelido y forzado de Tautel, dexo atónito y penetrado de los mas vivos sentimientos, acosado del temor, y movido de la desesperacion, la casa que habitaba. Mis hijas despavoridas, gimiendo y temblando por la vida de su padre, á cuyos brazos estaban asidas, me detenian ó me impelian, segun eran los efectos del miedo que las sobresaltaba en la oscuridad de la noche, aunque esta fuese clara.

Asi llegamos precedidos del fiel Tautel al lugar en donde habia dexado el esquife; y acomodados en él, nos separa de la orilla al impulso del remo. La luna en su mayor esplendor hacia relucir la tremula placidez del mar en calma. Ningun viento corria: solos los alciones con sus tristes acentos parecia que acompañasen á lo lejos los gemidos del

pavor y dolor que mal podian sufocar mis desoladas hijas, con las quales estaba yo abrazado en el esquife, llorando no menos amargamente que ellas, aunque iba mas enagenado del dolor que me despedazaba, sin saber el lugar á donde Tautel nos llevaba.

Esta incertidumbre llega á herir mi imaginacion, y haceme volver sobre mí, para saber de Tautel quáles eran sus intenciones: me reconozco entonces salido del puerto, y expuesto al ancho mar que Tautel se esforzaba á ganar, remando con todo su ahinco. ¿Tautel, le digo entonces, á donde nos llevas? Consuelanos, si es posible esperar consuelo en medio de tan acerbas angustias y desventuras. Voy á poneros en salvo, me responde: fiaos de mí, y sosegad vuestro corazon. Pero Nely, no pudiendo sosegar su afan en tan penosa incertidumbre, insta á Tautel para que nos sacase de ella. Dexando él entonces de remar, nos dice que tenia notada una cueva espaciosa, conocida de pocos, y algo lejos del lugar donde nos encontrabamos, y á donde nos llevaba á esconder, mientras buscaba mejor proporcion para hacernos pasar á Francia.

Esta respuesta fue para mí lo que para el cansado y sediento caminante en el ma-

yor ardor del estio la fresca fuente á la sombra de un ameno bosque. Ella disipó en parte el terror con que asombraba á mi ánimo la cruel fortuna, pareciendome que cansada dexase de perseguirme: mas la falta del sueño, y el ocio triste de aquella pausada navegacion, comenzaron á sugerirme de nuevo mil funestas ideas que ofendian la fidelidad de mi libertador, viendome solo con mis dos hijas doncellas, y sin fuerzas para defenderlas, si la ocasion llegaba á corromper las intenciones de Tautel; y aunque la confianza que en él tenia, sosegaba en parte mis terribles temores y sospechas, estas con todo, me llevaban en contínuo sobresalto.

Así pasamos en claro toda aquella noche, fluctuando mi ánimo entre mil funestos pensamientos, mucho mas que el esquife con las placidas olas, por mas que el buen Tautel las pocas veces que hacia descansar los remos al escalamo, nos procurase consolar prometiendonos la cercania de nuestro seguro refugio, á donde jamas acababamos de llegar.

Las estrellas comenzaban ya á esconderse de los primeros albores de la aurora que despuntaba, dexandonos ver mas clara la tierra que costeabamos, quando Tautel du-

doso si habia ó no pasado la cueva, acercandose á la playa para certificarse de ello, acierta á dar en un pequeño seno que formaba el mar; donde apenas entrados, descubrimos á dos pescadores que remendaban sus redes estendidas cerca de una casilla sola, que nos presentaba aquel pequeño, pero delicioso anfiteatro de la naturaleza.

¡No os puedo ponderar, Milord, quán dulce vista fue aquella para mí! qué suave envidia no me merecieron aquellos pobres y olvidados pescadores! El desasosiego, y tumultos del fasto y de la ostentacion, el esplendor de la ambicion y de la grandeza, son por ventura delirios de la vanidad de los hombres. Asi á lo menos me lo pareció entonces á la vista de aquellos dos pescadores en el silencio y tranquilidad de aquella amena ensenada. Si los pobres supiesen apreciar su estado, no dudo que ellos solos fueran los felices en la tierra.

Tautel, conociendo que habia errado el sitio, iba á virar para salir de aquel frondoso seno cerrado de verdes montecillos, cuyas blandas laderas y amenidad doraban ya los resplandores del dia amanecido. Pero yo sintiendo en mi pecho un fuerte impulso de confianza que me daba la vista de aquellos quie-